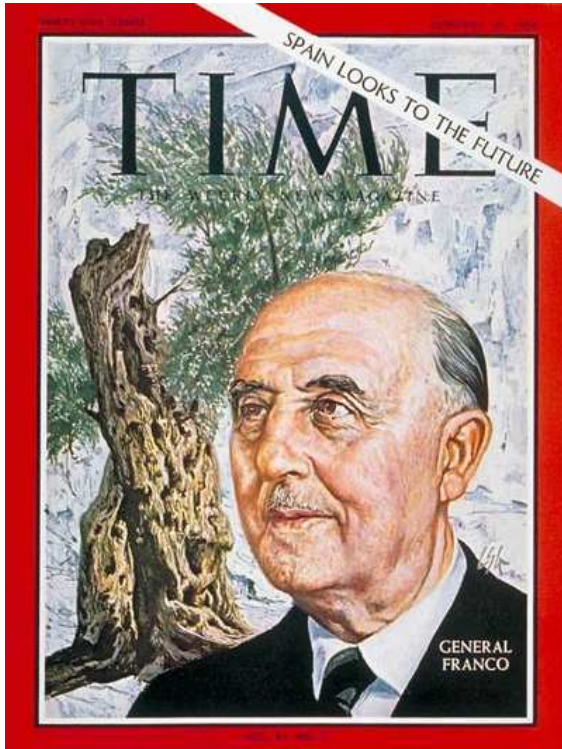


General Franco | Jan. 21, 1966

PREVIOUS WEEK'S COVER

FOLLOWING WEEK'S COVER



Spain: The Awakening Land

TIME

ESPAÑA

(Ver Portada)

En el amplio Paseo de la Castellana de Madrid, la pesada bola de acero de una grúa de demolición se estrella implacablemente contra el palacio del siglo XIX del Marqués de Selgas, dejando espacio para un edificio de apartamentos de gran altura. En las afueras de la ciudad, Dodge Darts se está extendiendo de un gran complejo de fábricas que hace menos de un año era un campo vacío. El supermercado más grande de Europa abrió hace dos años en la exclusiva calle Velázquez. En un bar oscuro y de paneles oscuros en la Avenida de las Américas, los niños de pelo largo y las niñas en medias blancas de Vartan se sientan cuidadosamente frescos e inmóviles mientras una banda de yé-yé lanza un ritmo sí-sí.

Cerca de Badajoz, en la amarga meseta occidental que los españoles llamaron Extremadura porque la vida allí era extremadamente dura, el riego se ha transformado en 5.000 jardines de verduras y algodón la tierra árida calcárea cuyos propietarios estaban medio hambrientos hace una década. En su nueva granja de estuco blanco, una esposa se detiene bajo una llamativa impresión enmarcada de Jesús para explicar por qué aún no ha comprado un televisor: "Los vecinos vendrían cada noche y rastreaban mi piso".

En Sevilla, los criadores de toros con sombreros de ala plana todavía beben coñac en los cafés de la acera, y los caballos viejos todavía tiran de carruajes antiguos a lo largo de calles bordeadas de naranjos hacia la catedral gótica más grande del mundo. Pero en todo el Guadalquivir, decenas de miles de bobinas giratorias convierten el algodón crudo y la lana en tela acabada en una de las plantas textiles más grandes de Europa. En la plaza principal de Córdoba, un califato árabe desde hace 250 años, una guitarra eléctrica transcrita suena la hora en ritmo flamenco. En Bilbao, los astilleros trabajan día y noche para mantener el ritmo de los pedidos de buques mercantes de todo el mundo, incluida la Polonia comunista y Cuba. "Todo está cambiando en España", dice el industrial Eduardo Barreiros. "La conmoción es de arriba a abajo y de abajo a arriba".

Sobre la línea. Ciertamente lo es. Después de largos años de aislamiento y decadencia, España está atrapada en una revolución industrial que la ha convertido en la nación de más rápido crecimiento en Europa y está cambiando rápidamente la estructura de su sociedad. En los últimos seis años, miles de nuevas empresas han creado cientos de miles de nuevos puestos de trabajo que han atraído a millones de españoles de sus pueblos a las ciudades. La inversión extranjera está llegando. El producto nacional bruto se ha disparado 65% desde 1960; el ingreso per cápita el año pasado pasó la línea divisoria mística de \$ 500 que supuestamente separa a las naciones "ricas" de los "pobres".

La nueva prosperidad ha traído mayores oportunidades. Los trabajadores de cuello azul están encontrando más fácil mejorar y están formando los comienzos de una clase media masiva. Son más adquisitivos, no solo porque pueden permitirse comprar más, sino también porque se pueden comprar más y más fácilmente. El plan de entrega, introducido hace ocho años y ahora una institución nacional, ha puesto estufas de gas, refrigeradores eléctricos y lavadoras, ahora producidas en masa en fábricas españolas, dentro de la gama de la mayoría de los habitantes de la ciudad, y el 40% de las familias españolas ahora poseen un televisor.

"Hemos pasado de la piel de zapato a los atascos de tráfico de la noche a la mañana", dice un

banquero conservador de Barcelona, y la analogía es adecuada. Hace diez años, España no producía automóviles, y los automóviles extranjeros eran tan caros (el impuesto de importación era del 125%) y difícil de conseguir que los españoles los llamaran “haigas”, un término de jerga que indicaba que sus propietarios eran muy ricos, muy poderosos o muy corruptos. El año pasado, 170.000 vehículos salieron de las líneas de montaje de siete fábricas separadas en cinco ciudades españolas, y se espera que la producción se duplique este año; toda la producción de 1966 de los automóviles SEAT de fabricación española ya está agotada por los concesionarios. Las calles de Madrid se han obstruido tanto que la ciudad ha tenido que restringir el estacionamiento en el centro de la ciudad. También ha abierto tres garajes subterráneos, uno de los cuales baja cuatro niveles.

Símbolos de estado. La afluencia y la movilidad también han cambiado los hábitos del español. Ya no está emocionado por la oportunidad de pararse en un estadio de fútbol helado y animar al equipo local. La asistencia al fútbol ha caído tan mal que el Real Madrid, campeón de Europa durante cinco de los últimos diez años, ha decidido derribar su cavernoso Estadio Santiago Bernabéu y construir uno más pequeño. Los españoles están recurriendo a diversiones y símbolos de estatus más caros. Madrid ahora apoya 19 teatros legítimos, además de una selección de nuevos y elegantes “clubes de teatro”, establecimientos exclusivos donde se puede ver al joven empresario mientras ve el espectáculo. Decenas de nuevos y elegantes restaurantes y bares han abierto en los últimos años, y siempre están llenos a sus vigas de roble pulido con un jet set en constante expansión, a quien los españoles llaman hi-lifers (pronunciados hee-leafairs). El más grande de todos es un palacio convertido en el antiguo Madrid, donde, bajo tapices del siglo XVIII y pinturas de la corte, a los comensales se les ofrece la especialidad de la casa: un pollo entero horneado en arcilla, estilo romano, que está hábilmente separado por el martillo de plata del camarero.

La siesta está desapareciendo, no porque el español ya no quiera su siesta de la tarde, sino porque ya no tiene tiempo para tomarla. Tan concurridas se han convertido las ciudades de España que le llevaría la mayor parte de su pausa para el almuerzo de tres horas llegar a casa y regresar. La prisa por las ciudades también ha tenido otro efecto. Poco a poco está rompiendo las viejas barreras regionales que siempre han dividido a España. Todavía hay separatistas en Barcelona, pero su causa está muriendo rápidamente: la mitad de la fuerza de trabajo de Cataluña ahora está compuesta por forasteros de otras partes de España.

Nadie está más encantado en absoluto con el bullicio que Francisco Franco, el estruoso (5 pies 3 pulgadas). General gallego que ahora está en su trigésimo año como “Caudillo (literalmente: comandante o jefe) de España por la Gracia de Dios”. Y muy probablemente, nadie se sorprende más. Hasta hace seis años, España estaba aislada de la mayor parte del mundo, melancólico, guisando en su jugo de evaporación. La inversión extranjera era no deseada y restringida, y Franco era tan abiertamente anticapitalista como anticomunista. Las industrias españolas, crujientes y con plumas, tropezaron detrás de las barreras comerciales que mantenían fuera por completo la mayoría de los productos extranjeros e imponían cuotas rígidas y aranceles exorbitantes al resto.

Nadie sabe exactamente lo enferma que estaba la economía española; el régimen no tenía forma de compilar estadísticas adecuadas y salió de su camino para oscurecer los que tenía. Pero en 1959 todos los signos eran malos. Al menos una cuarta parte de las importaciones totales de España, desde whisky hasta maquinaria, estaban siendo introducidas de contrabando. La peseta se balanceaba salvajemente en el mercado negro. La inflación estaba aumentando, la producción estaba disminuyendo y, a pesar de las grandes dosis de ayuda estadounidense, España se había quedado completamente sin moneda fuerte.

Sobre los aullidos. En la desesperación, Franco se dirigió a su joven ministro de Comercio, Alberto Ullastres, un asceta melancólico que había estado argumentando inútilmente por el cambio. En un caluroso día de julio de 1959, Ullastres anunció un amplio plan de estabilización. El crédito se endureció, el presupuesto se redujo, la peseta se devaluó a un realista de 60 al dólar. Con la ayuda de un préstamo internacional de \$ 400 millones, Ullastres abrió las puertas

de España a las importaciones necesarias para reconstruir su economía. Y por los aullidos de los proteccionistas del gobierno, impulsó una serie de medidas para alentar a los inversores extranjeros a entrar en España.

El éxito del plan de estabilización fue milagroso. En 1963, España tenía \$ 1.1 mil millones en reservas extranjeras y una economía en auge. Para ayudarlo, Franco fue persuadido de pasar a un plan de desarrollo de cuatro años aún más ambicioso. En el corazón del plan se encuentran los siete “polos” de desarrollo repartidos por toda la España provincial. Tomando prestada una página de la exitosa Operación Bootstrap de Puerto Rico, el ministro de Planificación, Laureano López Rodó, ofrece un feriado fiscal de cinco años, importaciones de equipos libres de impuestos, facilidades de crédito y atractivos sitios de plantas a industrias privadas dispuestas a establecerse en estas áreas que están muriendo de hambre por el capital.

Glorias frágiles. Típico es Valladolid (pop. 158.000), una ciudad de piedra gris en la meseta castellana. Conocido por los invasores árabes del siglo VIII como Belad Walid (Ciudad de Gobernador), fue durante 450 años la corte de los reyes cristianos de España. Fernando e Isabel se casaron allí en 1469; Colón murió allí en 1506; Cervantes probablemente escribió la primera parte de Don Quijote allí. Pero sus glorias eran frágiles, y Valladolid se desvaneció en un centro de mercado en mal estado y un cruce ferroviario.

Cómo ha cambiado. Hoy Valladolid es una ciudad próspera y de primavera, rodeada de fábricas. Unas 70 empresas se están mudando a la ciudad, trayendo una inversión de \$ 75 millones y 8,200 nuevos empleos. Grandes grupos de nuevos apartamentos de ladrillo han surgido de lotes abandonados. La universidad de la ciudad del siglo XIV incluso ha comenzado un nuevo departamento: la cinematografía. “Es asombroso que todo haya sucedido tan rápido”, se maravilla el jefe de desarrollo local Antonio Narro de Povar. “Estamos empezando a parecer un poco de Madrid”.

Por suerte para España, su impulso de desarrollo coincidió con un gran aumento en el nivel de vida del resto de Europa occidental. Hordas de europeos con dinero duro en sus bolsillos comenzaron a derramarse hacia el sur a través de los Pirineos, atraídos por precios baratos, fiestas y corridas de toros, por cielos despejados y playas interminables, por el antiguo atractivo exótico de una tierra semiárabe que había abandonado Europa con la Armada española.

Castillos y Playas. El régimen era demasiado inteligente para mirar una horda de regalos en la boca. Comenzó a tapar el turismo por lo que valía la pena. Los severos códigos morales de España se relajaron para permitir los bikinis en las playas donde 15 años antes de que los hombres hubieran sido arrestados por no usar tops. Los hoteles resort brotaron en racimos, y el gobierno agregó nueve castillos y monasterios españoles a su propia red de albergues y posadas. Las aerolíneas Iberia compraron 18 nuevos aviones y más que duplicaron sus vuelos para hacer que las playas españolas fueran más fáciles de alcanzar.

El turismo ha crecido más allá de los sueños más salvajes del régimen. España es ahora el patio de recreo favorito de Europa. Hace dos años, Marbella era una aldea de pesca blanqueada entre Málaga y Gibraltar; ahora tiene tres hoteles de lujo, un club de golf, dos cines, decenas de bares y un horizonte floreciente de edificios de apartamentos vidriosos. En las cercanías de Torremolinos, hay una habitación de pie solo en la playa en muchos de un mediodía caliente de agosto. La temporada de corridas de toros, que durante un siglo terminó en octubre, ahora se extiende extraoficialmente durante todo el año en la suave costa sur, y en cualquier estación, en cualquier ciudad, es probable que haya tantos turistas como españoles gritando los olés.

En total, 36 millones de turistas han gastado \$ 3.5 mil millones en España en los últimos cinco años, y a un ritmo cada vez mayor. La toma turística del año pasado fue de \$ 1.1 mil millones, un 20% más que en 1964.

Otra fuente importante de divisas es el dinero enviado a casa cada año por los 850.000 españoles que ahora trabajan al norte de los Pirineos. Su emigración, alentada por el gobierno,

también ha traído otros beneficios.

Cuando regresan a España, vienen con nuevas habilidades que se pueden aprovechar en las industrias españolas. Más importante aún, traen de vuelta nuevas ideas y valores europeos, que están ayudando a cambiar la vida española.

Proceso Civil. Políticamente, también, España está mejor. Las cárceles políticas de la guerra civil han sido vaciadas hace mucho tiempo, los fanáticos fascistas del viejo Partido Falangista han sido reprimidos hace mucho tiempo. La policía ya no tortura a los sospechosos políticos. Los antiguos tribunales militares canguros han dado paso a un proceso civil. La censura ha sido algo relajada, y se ha alentado a los editores a discutir temas impensables hace una década: dos periódicos el año pasado se les permitió llamar a un partido de oposición legal, y una revista elegante publicó una entrevista con un director de cine atacando la censura misma.

Aún más impresionante fue la ley del mes pasado, aprobada por una Cortes (Parlamento) recientemente resistente, que otorga a los trabajadores españoles el derecho a la huelga por un salario más alto. Durante casi tres décadas, todas las huelgas habían sido prohibidas en la España de Franco.

Se ha avanzado considerablemente en la liberación de las artes. Desde 1958, cuando Antoni Tàpies trajo la gloria a España al ganar la Bienal de Venecia, el régimen ha estado promoviendo furiosamente a jóvenes pintores y escritores españoles.

Una vez ignorados, los tapies y compañeros ganadores del Premio Antonio Saura (Carnegie, Guggenheim) y Eduardo Chillida (Venecia, Carnegie) ahora son tratados como VIPs, como es el comunista Pablo Picasso (aunque se ha negado a poner un pie en España desde la guerra civil). En 1960, una audiencia de altos funcionarios e intelectuales dio una ovación de pie de 30 llamadas de cortina a una obra que atacó amargamente al régimen.

El gobierno ahora subvenciona películas españolas de “alto mérito artístico”, ha convertido a la Escuela Oficial de Cine en un animado centro de drama experimental.

En general, sin embargo, la liberalización política ha sido lenta y errática. La mayoría de las viejas leyes restrictivas todavía están en los libros, y aunque se aplican a él, el régimen puede desempolvarlas a su gusto, y lo hace. Hace tres años, el comunista español Julián Grimau fue ejecutado bajo la Ley de 1941 para la Supresión de la Masonería y el Comunismo, que supuestamente había sido derogada.

Los estudiantes españoles ya no van a la cárcel en masa para las manifestaciones en el campus. Pero una nueva ley el año pasado facultó a las autoridades de la universidad para expulsar a los “agitadores” y prohibirles estudiar en cualquier lugar de España, un castigo mucho más severo que unos meses de cárcel. Y el mes pasado, por primera vez en la historia, los policías de seguridad gris-uniformados, a quienes los españoles llaman los grises, desafiaron siglos de tradición universitaria al ingresar a un edificio del aula de la Universidad de Madrid para romper una reunión estudiantil “no autorizada”.

Alrededor de la mesa. El gobierno está haciendo gran parte de sus proyectos de ley para otorgar la libertad religiosa y poner fin a la censura. Ambos, si se aprueban, serán un paso en la dirección correcta, pero ambos han estado empantanados en ministerios y comités parlamentarios durante más de tres años, y parece haber pocas esperanzas de que pronto se conviertan en ley. Ninguna medida es tan radical. El proyecto de ley de religión, impulsado por el ministro de Relaciones Exteriores, Fernando María Castiella, para eliminar la imagen de intolerancia religiosa que ha perjudicado a España desde la Inquisición, permitiría a la pequeña minoría no católica de la nación (5.000 judíos y 30.000 protestantes) construir sus propias casas de culto, lo que, en la práctica, ya están haciendo. El proyecto de ley de prensa, elaborado por el ministro de Información de Franco, Manuel Fraga Iribarne, supuestamente permitiría a los editores elegir a sus propios editores, poner fin a la censura previa a la publicación. Pero todavía responsabilizaría penalmente a los editores de todo lo que el régimen decidió que era

ofensivo.

Franco ha sido demasiado sabio para intentar evitar que los españoles hablen. “La libertad de expresión es abundante”, dice un francofóbico confirmado, “y es un derecho que ejercemos al máximo”. Una de las instituciones más preciadas de España, de hecho, es la tertulia, un club informal de una docena de hombres que se reúnen alrededor de la misma mesa con tapa de mármol en el mismo café cada semana y, sobre interminables tazas de cafés solos y vasos de agua, destrozan el régimen. Los lugares tradicionales como el Café Gijón de Madrid tendrán una docena o más tertulias al mismo tiempo, sus participantes intercambian con entusiasmo opiniones, rumores y bromas sobre todo, desde mujeres hasta corridas de toros, pero la mayoría de las veces sobre el propio Franco. En una broma reciente del café, Franco le pregunta a su nieto de siete años qué quiere ser cuando crezca. “El Caudillo de España, como tú, abuelo”, responde el chico. “No seas ridículo”, resopla Franco. “Solo hay espacio para un Caudillo a la vez”.

Huevos de oro. Cada auge trae su dislocación, y la prisa de España por industrializar no es una excepción. La inundación de trabajadores a las ciudades ha reducido drásticamente la producción agrícola, obligando a España a importar alimentos. El gasto del gobierno para alimentar el plan de desarrollo ha traído una nueva ronda de inflación en el país, y un horrendo déficit comercial de \$ 2 mil millones en el extranjero, demasiado incluso para los dólares de los turistas para compensar. Muchos economistas temen que España esté tratando de hacer demasiado demasiado rápido. “Nuestra economía es la gansa que pone el huevo de oro”, advierte Ullastres. “Si intentas conseguir cuatro huevos de oro a la vez, vas a enfermar al ganso. Si intentas obtener más, lo matarás”.

Lo que España necesita desesperadamente para mantener su economía en expansión es la pertenencia al Mercado Común Europeo. Dos veces rechazado incluso por membresía asociada, España teme que pueda estar aislada de su socio comercial más grande y más cercano. Italia ya ha tratado de restringir las importaciones del mercado común de naranjas españolas, y aunque los italianos hasta ahora han sido anulados, no se han rendido.

“Es imposible pensar en el desarrollo económico de España al margen de Europa”, dice López Rodó, y tanto él como Ullastres han estado argumentando pacientemente el caso de España durante seis años. Pero la decisión de mantener a España fuera es en gran medida política. Aunque Francia y Alemania Occidental no tienen objeciones, los recuerdos de la represión y el fascismo son todavía demasiado fuertes para los belgas y los holandeses. Franco se pega en la garganta.

Anhelando la pertenencia. Su rechazo se pega profundamente en la garganta de Franco. Hiere a la mayoría de los sentimientos humanos, el orgullo. Mientras se cerraran sus fronteras, el español podía darle la espalda al mundo alienígena y decirle a sí mismo que estaba mejor sin él. Pero España ahora quiere volver, y todo el camino. Psicológicamente, necesita reconocimiento, aceptación, aplausos.

Es deseo pertenecer a la OTAN, aunque no hay necesidad militar de hacerlo: los pactos de defensa que firmó con los Estados Unidos en 1953 le dan la misma protección que disfrutaban las naciones de la OTAN, y las bases militares estadounidenses en su suelo lo convierten en un socio activo en la defensa occidental. Tres bases de SAC, cerca de Zaragoza, Madrid y Sevilla, aunque ahora se eliminan gradualmente a medida que los misiles se apoderan de los bombarderos, podrían usarse como un área de preparación de Estados Unidos para cualquier problema en el Medio Oriente o África. La gran base naval de Rota, en el lado atlántico del Estrecho de Gibraltar, es un anclaje para la flota europea de Polaris de Estados Unidos.

España también está ansiosa por restaurarse como el padrino de América Latina. El régimen ha abierto sus brazos a los estudiantes latinos, 15.500 de los cuales se encuentran ahora en universidades españolas. Envía libros, camiones, maquinaria pesada y barcos a un creciente mercado latinoamericano, y Franco recientemente ofreció a las antiguas colonias de España

créditos comerciales y ayuda técnica por valor de \$ 1 mil millones. El motivo era más profundo que simplemente promover el comercio.

Los sentimientos de España por América Latina no se ilustran mejor que en la negativa de Franco, uno de los anticomunistas más celosos del mundo, a romper las relaciones con Fidel Castro de Cuba. “Tenemos demasiados intereses españoles para protegernos para salir completamente de esa isla atormentada”, comentó Franco el año pasado. “Siempre es vergonzoso” tratar con los comunistas; sin embargo, estamos obligados a mantener alguna conexión con los de Cuba. Al hacerlo, hemos protegido a nuestros ciudadanos allí y salvado a muchos cubanos”.

Perdices y Palacio. Franco se mantiene notablemente bien informado sobre los asuntos mundiales, puede discutir en detalle todo, desde la importancia de la OTAN hasta la presencia de Estados Unidos en Viet Nam. Se ha vuelto pragmático sobre el comunismo y ha hecho acuerdos comerciales con la mayoría de los países de la Cortina de Hierro. “La Cortina de Hierro ha estado allí durante demasiados años para pensar que puede caer por un milagro”, dijo el otoño pasado. “Debemos aceptar esta realidad y tratar de impregnar gradualmente el muro con goteos de comercio y contactos culturales. No se puede negar que el comunismo ruso logró hacer de Rusia una de las naciones más poderosas del mundo. Tiene que haber algo bueno en ello”.

Continuó Franco: “Los soviéticos pueden desarrollar gradualmente sus mejores cualidades y eliminar muchos de sus puntos malos. Un mayor contacto con el mundo occidental puede influir favorablemente e inducirlos a dar algo de libertad a su pueblo y comprender la posición del mundo libre. Una especie de estabilización de la paz mundial podría alcanzarse entonces”.

A los 73 años, Francisco Franco Bahamonde ha suavizado considerablemente. Los años, y una estricta dieta baja en calorías, han reducido su circunferencia, pero no, aparentemente, su fuerza. Siempre un ávido deportista, ahora pasa casi tanto tiempo cazando y pescando como lo hace en el Pardo, su palacio del siglo XVI al norte de Madrid. Su resistencia es notable. Todavía puede atar las laderas después de las cabras de montaña, disparar 300 perdices al día y vadear durante horas en las profundidades de las heladas corrientes de montaña de Asturias.

Caramelo Del Gabinete. En un día normal, se levanta a las 7, los desayunos ligeramente en jugo de fruta, té y tostadas secas, luego se retira a su capilla privada para las oraciones de la mañana. A las 9 está en su estudio, leyendo los periódicos madrileños y los informes oficiales se acumularon en lo alto de su gran escritorio de caoba. La calma no dura mucho. A media mañana el palacio es invadido por los siete nietos de Franco (de uno a 14 años). Siguiendo a su niñera inglesa, corren por los amplios pasillos de granito del Pardo, pasando por guardias de honor de seis pies y enormes tapices de Goya, y irrumpen en su estudio. Franco idolatra a sus nietos, pasa tanto tiempo con ellos como la prensa de los negocios oficiales lo permite.

El día más ocupado de Franco es el viernes, cuando se encuentra con su gabinete. Las sesiones se han convertido en legendarias. Comienzan a las 9 a.m., generalmente duran mucho más allá de la medianoche, con un descanso de una hora para el almuerzo. No se permite fumar, no se proporciona agua. La única concesión a la debilidad mortal es una pequeña bandeja de plata de dulces de fruta en cada lugar alrededor de la larga mesa de conferencias de roble. Pero a medida que avanza el día, un ministro tras otro llamará la atención de Franco, obtendrá su permiso de asentimiento para ser excusado, y de puntillas fuera de la habitación por un cigarrillo o un viaje a la habitación de los hombres. El mismo Franco nunca se mueve.

Rara vez habla. Sentado en su silla de respaldo alto en la cabecera de la mesa, el Caudillo permite a sus ministros hacer la mayor parte de la conversación, cortar solo para hacer una pregunta, cambiar el tema o anunciar su decisión. No hay tonterías sobre el gobierno de la mayoría en el gabinete de Franco. El único voto que cuenta es el de Franco.

Sin embargo, se apoya mucho en el consejo de los 18 hombres en la mesa. Entre los más influyentes:

» El capitán general Agustín Muñoz Grandes, de 69 años, el camarada de armas más antiguo de Franco y el hombre que, como vicepresidente del estado español, asumirá el poder interino a la muerte de Franco. El comandante de la División Azul de España, que luchó contra los rusos en el frente oriental de Hitler, el jefe de las Fuerzas Armadas, Muñoz Grandes, ahora está enfermo, vive en silencio con su esposa en un pequeño apartamento en Madrid, evita la publicidad.

» Lugar. General Camilo Alonso Vega, de 76 años, ministro del Interior y jefe de la policía. Conocido como “Don Ca-mulo” debido a su resistencia al cambio, el ex comandante de pelo blanco de la Guardia Civil es el fuerte brazo derecho de Franco. Se puede contar con que ponga problemas dondequiera que estalle.

» José Solís Ruiz, 52 años, ministro del Movimiento Nacional, partido oficial español y jefe de sus sindicatos. Sus papadas son pesadas y azules, su cabeza es calva, y su discurso es grueso con los acentos de Andalucía, pero Pepe Solís es probablemente el político practicante más agudo de la tierra. El padre de 13 hijos, se deleita en besar bebés, es un orador que serpentea que siempre sale fuerte del lado de la reforma social. – Fernando María Castiella, de 58 años, Ministro de Relaciones Exteriores. Alta y académica, Castiella es una católica progresista y quizás la defensora más consistente del gabinete de una mayor libertad política.

Un tiempo embajador en Perú y el Vaticano, tiene un ardiente deseo de unirse a España al resto de Europa. Trabaja estrechamente con los Estados Unidos El embajador Angier Biddle Duke, pero sus relaciones con los británicos son algo tensas: está decidido a recuperar Gibraltar, una vez incluso escribió un libro violentamente antibritánico titulado La afirmación de España.

» Manuel Fraga Iribarne, 43, Ministro de Información y Turismo. La ambiciosa Fraga vive en un apartamento en el último piso de su ministerio, pone en un día de 14 horas seis días a la semana.

La mitad de su tiempo se dedica a viajar por España, dedicando nuevos hoteles y otros sabios promoviendo nuevos señuelos turísticos; la otra mitad se dedica a supervisar a la prensa española, que, hasta que la ley de prensa largamente discutida entre en vigor, todavía recibe sus órdenes del gobierno.

» Laureano López Rodó, 45 años, Ministro de Planificación y jefe de Desarrollo. Tan suave que parece casi modesto, López Rodó es conocido como la eminencia gris de Franco, en parte porque todo sobre él, incluido su cabello, traje, calcetines, corbata y personalidad, parece gris. La apariencia es engañosa. Hijo de un industrial catalán, pasó gran parte de la guerra civil como agente nacionalista bajo tierra (número de código: 711) en la Barcelona republicana, pasó a convertirse en el profesor de derecho más joven de España, a los 25 años, y una autoridad internacional en la administración pública. Es un ávido jugador de tenis, se levanta a las 6:45 cada mañana y en su oficina a las 8. Brillante e incansable, tiene un cuerpo de seguidores leales que han llegado a ocupar altos cargos en todo el gobierno de Franco, incluido el joven ministro de Industria Gregorio López Bravo.

Opus Dei. López Rodó y López Bravo son dos de los más destacados entre las luces en ascenso que comparten la membresía en una organización religiosa notable y creciente conocida como Opus Dei.

Fundada por un sacerdote español llamado Josemaría Escrivá en 1928, la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y del Opus Dei es una “asociación de fieles católicos” que busca llenar un vacío que la Iglesia Católica de España había descuidado durante mucho tiempo: la falta de un medio para desarrollar un laico agresivo, dedicado y militante. Escrivá quería crear, al igual que Ignacio Loyola había hecho con su Compañía de Jesús en el siglo XVI, tropas espirituales de choque para reavivar el verdadero espíritu del cristianismo dentro de la iglesia. Pero en lugar de retirarse en los monasterios, sintió, los hombres con un llamado secular, así como uno sagrado, deberían poder seguir ambos a la vez. La solución: además de los votos de pobreza, castidad y obediencia, un hombre juraría a Dios todos sus talentos profesionales.

Hizo una buena mezcla. Decenas de miles de españoles de todos los ámbitos de la vida han tomado consuelo de las sesiones del Opus leyendo más sobre Dios y la iglesia, por simple asociación comunitaria, y estudiando las cosas que les interesan, ya sea administración de empresas, corridas de toros, minería del carbón o literatura inglesa temprana. El Opus Dei opera una sofisticada escuela de comercio en Barcelona, una escuela agrícola en Gerona, un retiro para toreros en Asturias, un centro de formación de trabajadores en Madrid y la única universidad “gratuita” de España (es decir, no gubernamental), en Pamplona. El año pasado, 15.000 españoles asistieron a sus seminarios de teología, 12.000 pasaron sus vacaciones en sus centros de “jubilación espiritual” y 20.000 niños matriculados en sus 143 campamentos de verano. Impulsados a un fervor que es positivamente antiespañol, los miembros del Opus Dei se han levantado para controlar uno de los bancos más grandes de España, muchos periódicos y revistas, una agencia de noticias, un club de jazz y más de una docena de posiciones de poder real dentro del gobierno de Franco.

Advertencia Pública. El éxito ha ganado a Opus muchos enemigos. Es atacado por los falangistas de la vieja guardia como “liberales”, por los radicales del campus como “reaccionarios”, por los líderes laborales como una “élite económica”. A menudo se le acusa de conspirar para tomar el poder después de que Franco muere, y Fray Justo Pérez de Urbel, abad del monasterio benedictino en el monumento de la guerra civil del Valle de los Caídos de Franco, recientemente lo advirtió en un artículo de un periódico para dejar de “jugar a la política”.

No hay evidencia real de que el Opus Dei tenga objetivos políticos. Si algunos de sus miembros ocupan altos cargos en el gobierno de Franco, otros, como el demócrata cristiano Florentine Pérez Embid y el monárquico liberal Rafael Calvo Serer, son opositores prominentes del régimen. Dice Monseñor Escrivá: “El Opus Dei siempre incluirá todas las tendencias que la conciencia cristiana permita”.

Es precisamente por eso que el Opus Dei se ha convertido en un factor tan importante en la política española. Sus miembros están escalando en todos los movimientos políticos significativos, excepto en la extrema izquierda. Se puede esperar que mantengan posiciones de autoridad en cualquier gobierno que eventualmente suceda a Franco.

Respuesta Confusa. ¿Qué sucederá a Franco? Los españoles desearían saberlo. Nadie espera un retorno a la guerra civil. “Hay demasiados intereses comprometidos listos para interponerse en el camino de la agitación radical”, dice un observador astuto de la escena española. Pero está destinado a haber un cambio; el misterio es, de qué tipo. La respuesta oficial es que la máquina para la transición y la continuidad del régimen ya existe, esbozada en seis “leyes fundamentales” que se remontan a 1947, lo más cercano que tiene España a una constitución. Pero las leyes son confusas, vagas, superpuestas e incluso contradictorias.

Dado que España es oficialmente un “reino sin rey”, el sucesor de Franco presumiblemente será un rey, que, de acuerdo con las leyes fundamentales, debe ser un “aceptable” hombre español católico que tenga sangre real, tenga al menos 30 años y jure “lealtad a los principios” del régimen franquista. Pero la cantidad de poder que tendría el rey y qué tipo de gobierno presidiría son preguntas abiertas. Y si el gabinete, junto con el Consejo del Reino de 13 hombres, así lo decide, puede declarar que todo lo real puede hacer matrimonio inaceptable y nombrar a un regente en su lugar.

Para los monárquicos españoles, el único sucesor legítimo de Franco sería Don Juan de Borbón y Battenberg, el atado hijo de 52 años del difunto rey Alfonso XIII. El título oficial de Don Juan es conde de Barcelona, pero los monárquicos ya lo llaman el rey Juan III,* y en su extensa villa blanca en la ciudad turística portuguesa de Estoril, en realidad preside una corte en miniatura. Quince grandes españoles se turnan para venir de España para actuar como sus señores en espera, dos diplomáticos de carrera sirven como sus ministros, y un Consejo Privado de 42 hombres le asesora en asuntos de Estado.

También recibe un desfile constante de sus súbditos, que son conducidos por el autobús de

España.

Pero no hay garantía de que Don Juan reciba la llamada. Un creyente en el gobierno representativo, nunca ha aprobado a Franco, y por una buena razón se niega a vivir en España: no quiere estar bajo el golpe del Caudillo. Como resultado, muchos incondicionales de Franco confían cordialmente. Mucho más manejable, se sienten, sería el apuesto hijo de Don Juan, el príncipe Juan Carlos, de 27 años; Franco lo envió a través de las tres academias militares de España y le dio un palacio de Madrid después de su boda con la princesa griega Sofía. El problema es que Juan Carlos no coopera. “Nunca, nunca aceptaré la corona mientras mi padre esté vivo”, sostiene, y hay indicios de que lo dice en serio. En cualquier caso, ha demostrado ser poco emocionante en sus pocas apariciones públicas.

Facciones en guerra. Quien sea, y lo que sea, viene después de que Franco no lo pasará fácil. Desde la guerra civil, Franco ha sido la autoridad absoluta en una tierra cuyos ciudadanos son por naturaleza anarquistas. La nota clave de su gobierno ha sido “paz social”, pero incluso el astuto Caudillo ha sido presionado a veces para mantener la paz en medio de las facciones en guerra que han formado su régimen.

A medida que la guerra civil se ha desvanecido, las facciones y sus causas han cambiado, pero las batallas continúan. Ahora hay tres esferas de poder político que están casi obligadas a chocar en su prisa por tratar de llenar el vacío post-Franquista. Por extraño que parezca, el Movimiento Nacional no es uno de ellos. Ha sido reducido por Franco a una burocracia sin poder, sin credo y prácticamente sin seguidores, privado incluso de los ideales fascistas sobre los que fue fundada.

La primera esfera es el trabajo, organizado ahora en sindicatos controlados por el Estado, pero bajo la sombra de los grandes sindicatos anarquistas y socialistas de la República, que todavía operan bajo tierra, todavía mantienen las simpatías de muchos trabajadores. La segunda esfera es el Movimiento Demócrata Cristiano, una coalición suelta de grupos católicos que van desde la conservadora Acción Católica, que apoya al régimen, hasta los movimientos obreros católicos de izquierda, que se oponen a él. (Los miembros del Opus Dei se pueden encontrar en todos los grupos.) El tercero son los monarquistas, bien organizados pero sin apoyo popular de masas. Y sobre todos ellos está el ejército, inclinándose en este momento hacia los monárquicos pero capaz de intervenir en cualquier momento con un pronunciamiento con el pretexto de prevenir la violencia.

División de Poderes. Existe una posibilidad creciente de que el propio Franco intervenga para suavizar la transición. Él es consciente de los problemas que su muerte creará, y, por doloroso que sea, finalmente parece estar haciendo algo para tratar de disminuirlos. Tres veces en los últimos 18 meses, sus discursos se han referido a la necesidad de “institucionalizar” al régimen. Con su aprobación, los primeros borradores tentativos de una nueva “ley institucional” se debatieron a puerta cerrada de la última reunión del gabinete del año pasado.

Es probablemente la medida más radical que el gabinete haya tomado, ya que entregaría una buena parte de los poderes de Franco a un primer ministro. Según altos funcionarios del gobierno, existe un acuerdo unánime, al menos dentro del gabinete, de que los poderes de Franco deben dividirse para que su muerte no paralice al régimen. Pero aún no hay acuerdo, ni ninguna indicación de Franco, sobre cuándo o cómo se debe elegir el primer ministro. Los liberales en el gabinete de Franco favorecen la elección popular directa, quisieran que el primer ministro fuera eliminado por completo del control de Franco, facultado para elegir su propio gabinete y responsabilizado solo a unas Cortes ampliadas y más representativas. La vieja guardia, encabezada por Alonso Vega y los ministros militares, dice que Franco debe nombrar a su propio primer ministro y controlarlo.

El tiempo es el factor más importante. Es a la longitud de la vida de un hombre, y la rapidez de su acción, que la continuidad del avance económico, social y político de España está ligada. La verdadera democracia en el sentido occidental puede no estar en el horizonte, porque Franco cree, y muchos de sus enemigos están de acuerdo, que los españoles son tan fuertes que

necesitan una mano firme para mantenerlos en línea. El temor es que si Franco desapruueba las peras antes de haber puesto su casa en orden, el tejido social de España se extenderá hasta su límite, o más allá, por la lucha por el poder que podría seguir.

Sin embargo, si Franco vive lo suficiente y actúa lo suficientemente rápido, y si el economista sigue poniendo sus huevos de oro, el futuro de España es brillante, de hecho. Por eso es tan importante que el actual boom de España continúe. Unos años más de creciente prosperidad podrían fácilmente infundir el sentimiento de bienestar general en el que, al menos en la España anarquista, se debe basar la verdadera madurez política.

* La propia España nunca ha tenido un rey Juan, pero cuatro Juanes han gobernado en la tierra, dos cada uno en los antiguos reinos de Castilla y Aragón. Los más famosos de ellos fueron Juan II de Aragón, padre del rey Fernando, y Juan II de Castilla y León, padre de la reina Isabel.

Spain: The Awakening Land

TIME

SPAIN

(See Cover)

On Madrid's broad Paseo de la Castellana, the heavy steel ball of a demolition crane slams relentlessly into the 19th century palace of the Marques de Selgas, making room for a high-rise apartment building. On the outskirts of the city, Dodge Darts are rolling out of a vast factory complex that less than a year ago was an empty field. Europe's biggest supermarket opened two years ago on the exclusive Calle Velázquez. In a dim, dark-paneled bar on the Avenida de las Americas, boys in long hair and girls in white Vartan stockings sit carefully cool and immobile as a yé-yé band blasts out a yeah-yeah beat.

Near Badajoz, on the bitter western plateau that the Spaniards named Extremadura because life there was so extremely hard, irrigation has transformed into 5,000 gardens of vegetables and cotton the chalky arid land whose owners were half starved a decade ago. In her new white stucco farmhouse, a wife pauses under a gaudy framed print of Jesus to explain why she has not yet bought a television set: "The neighbors would come in every night and track up my floor."

In Seville, bull breeders in flat-brimmed hats still sip cognac in sidewalk cafés, and aging horses still pull ancient carriages along streets lined with orange trees toward the world's largest Gothic cathedral. But across the Guadalquivir, tens of thousands of spinning bobbins turn raw cotton and wool into finished fabric in one of Europe's largest textile plants. In the main square of Cordoba, an Arab caliphate for 250 years, a transcribed electric guitar chimes the hour in flamenco rhythm. In Bilbao, shipyards work round the clock to keep pace with orders for merchant vessels from all over the world—including Communist Poland and Cuba. "Everything is changing in Spain," says Industrialist Eduardo Barreiros. "The commotion is from top to bottom and bottom to top."

Over the Line. It certainly is. After long years of isolation and decay, Spain is caught up in an industrial revolution that has made it the fastest-growing nation in Europe and is rapidly changing the structure of its society. In the past six years, thousands of new enterprises have created hundreds of thousands of new jobs that have drawn millions of Spaniards from their pueblos to the cities. Foreign investment is coming in. Gross national product has soared 65% since 1960; per-capita income last year passed the mystical \$500 dividing line that supposedly separates the "rich" nations from the "poor."

The new prosperity has brought greater opportunity. Blue-collar workers are finding it easier to improve themselves and are forming the beginnings of a mass middle class. They are more acquisitive, not only because they can afford to buy more but also because more can be bought and more easily. The installment plan, introduced eight years ago and now a national institution, has put gas stoves, electric refrigerators and washing machines—now mass produced in Spanish factories—within the range of most city dwellers, and 40% of Spanish families now own a television set.

"We have gone from shoe leather to traffic jams overnight," says a conservative Barcelona banker, and the analogy is apt. Ten years ago, Spain produced no automobiles, and foreign cars were so expensive (the import duty alone was 125%) and hard to get that Spaniards dubbed them "haigas"—a slang term indicating that their owners were either very rich, very powerful or very crooked. Last year 170,000 vehicles came off the assembly lines of seven separate factories

in five Spanish cities, and production is expected to double this year; the entire 1966 output of the Spanish-made SEAT cars is already sold out by dealers. Madrid's streets have become so clogged that the city has had to restrict parking in the downtown area. It has also opened three underground garages, one of which goes down four levels.

Status Symbols. Affluence and mobility have also changed the Spaniard's habits. He is no longer thrilled at the chance to stand in a freezing soccer stadium and cheer for the home team. Soccer attendance has slipped so badly that Real Madrid, European champion for five of the past ten years, has decided to tear down its cavernous Santiago Bernabeu Stadium and build a smaller one. Spaniards are turning to more expensive diversions and status symbols. Madrid now supports 19 legitimate theaters, plus a selection of chic new "theater clubs," exclusive establishments where the up-and-coming young businessman can be seen while he watches the show. Scores of elegant new restaurants and bars have opened in the past few years, and they are always packed to their polished oak rafters with an ever expanding jet set, whom Spaniards call hi-lifers (pronounced hee-leefairs). Grandest of all is a converted palace in old Madrid, where, under 18th century tapestries and paintings of the court, diners are offered the specialty of the house: a whole chicken baked in clay, Roman-style, which is deftly parted by the waiter's silver hammer.

The siesta is disappearing, not because the Spaniard no longer wants his afternoon snooze but because he no longer has time to take it. So crowded have Spain's cities become that it would take him most of his three-hour lunch break to get home and back. The rush to the cities has had another effect as well. It is slowly breaking down the old regional barriers that have always divided Spain. There are still separatists in Barcelona, but their cause is dying fast: half the working force of Catalonia is now composed of forasteros from other parts of Spain.

No one is more delighted at all the bustle than Francisco Franco, the stubby (5 ft. 3 in.) Galician general who is now in his 30th year as "Caudillo (literally: commander or headman) of Spain by the Grace of God." And quite probably, no one is more surprised. For until six years ago, Spain was isolated from most of the world, brooding, stewing in its evaporating juice. Foreign investment was unwanted and restricted, and Franco was as openly anticapitalist as he was antiCommunist. Spanish industries, creaking and featherbedded, stumbled along behind trade barriers that kept most foreign products out entirely and imposed rigid quotas and exorbitant tariffs on the rest.

No one knows exactly how sick the Spanish economy was; the regime had no way of compiling proper statistics and went out of its way to obscure the ones it had. But by 1959 all signs were bad. At least one-fourth of Spain's total imports, from whisky to machinery, were being smuggled in. The peseta was swinging wildly on the black market. Inflation was rising, production was actually falling and, despite large doses of U.S. aid, Spain had run completely out of hard currency.

Over the Howls. In desperation, Franco turned to his young Commerce Minister, Alberto Ullastres, a brooding ascetic who had been arguing futilely for change. On a hot July day in 1959, Ullastres announced a sweeping stabilization plan. Credit was tightened, the budget slashed, the peseta devalued to a realistic 60 to the dollar. With the aid of a \$400 million international loan, Ullastres threw open Spain's doors to imports necessary to rebuild its economy. And over the howls of government protectionists, he pushed through a series of measures to encourage foreign investors to enter Spain.

The success of the stabilization plan was miraculous. By 1963 Spain had \$1.1 billion in foreign reserves and a booming economy. To help it along, Franco was persuaded to go on to an even more ambitious four-year development plan. At the heart of the plan are the seven development "poles" scattered throughout provincial Spain. Borrowing a page from Puerto Rico's successful Operation Bootstrap, Planning Minister Laureano López Rodó offers a five-year tax holiday, duty-free equipment imports, easy credit facilities and attractive plant sites to private industries willing to set up shop in these areas which are starving for capital.

Brittle Glories. Typical is Valladolid (pop. 158,000), a grey stone city on the Castilian plateau. Known to the 8th century Arab invaders as Belad Walid (Governor's Town), it was for 450 years the court of Spain's Christian kings. Ferdinand and Isabella were married there in 1469; Columbus died there in 1506; Cervantes probably wrote the first part of Don Quixote there. But its glories were brittle, and Valladolid faded into a shabby market center and rail junction.

How it has changed. Today Valladolid is a thriving, springing city, ringed with factories. Some 70 companies are moving into town, bringing an investment of \$75 million and 8,200 new jobs. Great clusters of new brick apartments have risen from abandoned lots. The city's 14th century university has even started a new department: cinematography. "It's astounding that it could all have happened so fast," marvels local Development Boss Antonio Narro de Povar. "We're beginning to look like a little Madrid."

Luckily for Spain, its development push coincided with a vast surge in the living standards of the rest of Western Europe. Hordes of Europeans with hard money in their pockets began pouring southward across the Pyrenees, lured by cheap prices, fiestas and bullfighting, by clear skies and endless beaches, by the ancient exotic attraction of a semi-Arab land that had dropped out of Europe with the Spanish Armada.

Castles & Beaches. The regime was too smart to look a gift horde in the mouth. It started plugging tourism for all it was worth. Spain's stern moral codes were relaxed to permit bikinis on beaches where 15 years before men had been arrested for not wearing tops. Resort hotels sprouted in bunches, and the government added nine Spanish castles and monasteries to its own network of hostels and inns. Iberia airlines bought 18 new jets and more than doubled its flights to make Spanish beaches easier to reach.

Tourism has boomed beyond the regime's wildest dreams. Spain is now the favorite playground of Europe. Two years ago, Marbella was a bleached fishing hamlet between Málaga and Gibraltar; it now has three luxury hotels, a golf club, two cinemas, scores of bars and a burgeoning skyline of glassy apartment buildings. In nearby Torremolinos, there is standing room only on the beach on many a hot August noon. The bullfight season, which for a century ended in October, now unofficially extends throughout the year on the mild south coast, and in any season, in any city, there are likely to be as many tourists as Spaniards shouting the olés.

All told, 36 million tourists have spent \$3.5 billion in Spain in the past five years, and at an ever increasing rate. Last year's tourist take alone was \$1.1 billion, 20% higher than in 1964.

Another major source of hard currency is the money sent home every year by the 850,000 Spaniards now working north of the Pyrenees. Their emigration, encouraged by the government, has brought other benefits as well.

When they return to Spain, they come with new skills that can be put to good use in Spanish industries. More significant, they bring back new European ideas and values, which are helping to change Spanish life.

Civil Process. Politically, too, Spain is better off. The political prisons of the civil war have long since been emptied, the fascist fanatics of the old Falangist Party long since suppressed. Police no longer torture political suspects. The old military kangaroo courts have given way to civil process. Censorship has been somewhat relaxed, and editors have been encouraged to discuss subjects unthinkable a decade ago: two papers last year were allowed to call for a legal opposition party, and a slick magazine published an interview with a film director attacking censorship itself.

Even more impressive was last month's law, passed by a newly resilient Cortes (Parliament), giving Spanish workers the right to strike for higher pay. For nearly three decades, all strikes had been banned in Franco Spain.

There has been considerable progress in freeing the arts. Since 1958, when Antoni Tàpies

brought glory to Spain by winning the Venice Biennale, the regime has been furiously promoting young Spanish painters and writers.

Once ignored, Tapies and fellow Prize winners Antonio Saura (Carnegie, Guggenheim) and Eduardo Chillida (Venice, Carnegie) are now treated as VIPs, as is Communist Pablo Picasso (although he has refused to set foot in Spain since the civil war). In 1960, an audience of high officials and intellectuals gave a standing ovation of 30 curtain calls to a play that bitterly attacked the regime.

The government now subsidizes Spanish films of "high artistic merit," has turned the Escuela Oficial de Cine into a lively center of experimental drama.

On the whole, however, political liberalization has been slow and erratic. Most of the old restrictive laws are still on the books, and although they are seldom enforced, the regime can dust them off at its pleasure, and does. Three years ago, Spanish Communist Julián Grimau was executed under the 1941 Law for the Suppression of Masonry and Communism, which supposedly had been repealed.

Spanish students no longer go to jail en masse for campus demonstrations. But a new law last year empowered university authorities to expel "agitators" and ban them from studying anywhere in Spain — a punishment far harsher than a few months in jail. And last month, for the first time in history, the grey-uniformed security cops, whom Spaniards call los grises, defied centuries of university tradition by entering a Madrid University classroom building to break up an "unauthorized" student meeting.

Around the Table. The government is making much of its bills to grant religious freedom and end censorship. Both, if passed, will be a step in the right direction, but both have been bogged down in ministries and parliamentary committees for more than three years, and there seems to be little hope that they will soon become law. Neither measure is all that radical. The religion bill, pushed by Foreign Minister Fernando Maria Castiella to wipe away the image of religious intolerance that has hurt Spain since the Inquisition, would permit the nation's tiny non-Catholic minority (5,000 Jews and 30,000 Protestants) to build their own houses of worship—which, in practice, they are already doing. The press bill, drawn up by Franco's hard-sell Information Minister Manuel Fraga Iribarne, would supposedly allow publishers to choose their own editors, end prepublication censorship. But it would still hold editors criminally responsible for anything the regime decided was offensive.

Franco has been too wise to try to stop Spaniards from talking. "Free speech is abundant," says a confirmed Francophobe, "and it is a right we exercise to the fullest." One of Spain's most cherished institutions, in fact, is the tertulia, an informal club of a dozen or so men who gather around the same marble-topped table in the same cafe every week and, over endless cups of cafes solos and glasses of water, tear the regime apart. Such traditional hangouts as Madrid's Café Gijón will have a dozen or more tertulias going at the same time, their participants eagerly trading opinions, rumors and jokes about everything from women to bullfighting, but most often about Franco himself. In one recent cafe joke, Franco asks his seven-year-old grandson what he wants to be when he grows up. "The Caudillo of Spain, just like you, Grandfather," answers the boy. "Don't be ridiculous," huffs Franco. "There's only room for one Caudillo at a time."

Golden Eggs. Every boom brings its dislocation, and Spain's pell-mell rush to industrialize is no exception. The flood of workers to the cities has sharply cut farm production, forcing Spain to import food. Government spending to feed the development plan has brought a new round of inflation at home, and a horrendous \$2 billion trade deficit abroad—too much even for tourist dollars to make up for. Many economists fear that Spain is trying to do too much too quickly. "Our economy is the goose that lays the golden egg," warns Ullastres. "If you try to get four golden eggs at once, you're going to make the goose sick. If you try to get more, you'll kill it."

What Spain desperately needs in order to keep its economy expanding is membership in the

European Common Market. Twice rejected even for associate membership, Spain is afraid it may be cut off from its biggest and closest trading partner. Italy has already tried to restrict Common Market imports of Spanish oranges, and although the Italians have so far been overruled, they have not given up.

“It is impossible to think of the economic development of Spain on the fringes of Europe,” says López Rodó, and both he and Ullastres have been patiently arguing Spain’s case for six years. But the decision to keep Spain out is largely political. Though France and West Germany have no objections, the memories of repression and fascism are still too strong for the Belgians and Dutch. Franco sticks in their throats.

Longing for Belonging. Their rejection sticks deep in Franco’s throat. It wounds that most Spanish of all human feelings, pride. As long as his borders were closed, the Spaniard could turn his back on the alien world and tell himself he was better off without it. But Spain now wants back in, and all the way. Psychologically, it needs recognition, acceptance, applause.

It longs to belong to NATO, although there is no military necessity for doing so: the defense pacts it signed with the U.S. in 1953 give it the same protection that NATO nations enjoy, and the U.S. military bases on its soil make it an active partner in Western defense. Three SAC bases, near Zaragoza, Madrid and Seville, although now being phased out as missiles take over from bombers, could be used as a U.S. staging area for any trouble in the Middle East or Africa. The great naval base at Rota, on the Atlantic side of the Strait of Gibraltar, is an anchorage for America’s European Polaris fleet.

Spain is also anxious to restore itself as Latin America’s godfather. The regime has opened its arms to Latino students, 15,500 of whom are now in Spanish universities. It sends books, trucks, heavy machinery and ships to a growing Latin American market, and Franco recently offered Spain’s former colonies \$1 billion worth of trade credits and technical aid. The motive ran deeper than merely promoting trade.

Spain’s feelings for Latin America are no better illustrated than in the refusal of Franco, one of the world’s most zealous antiCommunists, to break off relations with Cuba’s Fidel Castro. “We have too many Spanish interests to protect to pull completely out of that tormented island,” Franco remarked last year. “It is always embarrassing to” deal with Communists; yet we are obliged to maintain some connection with those in Cuba. By so doing, we have protected our citizens there and saved many a Cuban life.”

Partridges & Palace. Franco keeps himself remarkably well informed about world affairs, can discuss in detail everything from the importance of NATO to the U.S. presence in Viet Nam. He has become pragmatic about Communism and has made trade agreements with most Iron Curtain countries. “The Iron Curtain has been there for too many years to think that it can come down by a miracle,” he said last fall. “We must accept this reality and try to gradually permeate the wall with trickles of trade and cultural contacts. You can’t deny that Russian Communism succeeded in making Russia one of the most powerful nations of the world. There must be something good in it.”

Continued Franco: “The Soviets may gradually develop their better qualities and eliminate many of their bad points. More contact with the Western world can influence them favorably and induce them to give some freedom to their people and understand the position of the free world. A sort of stabilization of world peace might then possibly be reached.”

At 73, Francisco Franco Bahamonde has mellowed considerably. The years, and a strict low-calorie diet, have whittled away his girth but not, apparently, his strength. Always an avid sportsman, he now spends almost as much time hunting and fishing as he does in the Pardo, his 16th century palace just north of Madrid. His stamina is remarkable. He can still bound up hillsides after mountain goats, shoot 300 partridges a day, and wade for hours hip-deep in the icy mountain streams of Asturias.

Cabinet Candy. On a normal day, he rises at 7, breakfasts lightly on fruit juice, tea and dry toast, then retires to his private chapel for morning prayers. By 9 he is in his study, reading the Madrid newspapers and the official reports stacked high on his large mahogany desk. The calm does not last long. At midmorning the palace is invaded by Franco's seven grandchildren (ages one to 14). Trailed by their English nanny, they race down the Pardo's wide granite corridors, past six-foot honor guards and enormous Goya tapestries, and burst into his study. Franco idolizes his grandchildren, spends as much time with them as the press of official business permits.

Franco's busiest day is Friday, when he meets his Cabinet. The sessions have become legendary. They begin at 9 a.m., usually last well past midnight, with an hour's break for lunch. No smoking is permitted, no water provided. The only concession to mortal weakness is a small silver tray of fruit candy at each place around the long oak conference table. But as the day wears on, one minister after another will catch Franco's eye, get his nodded permission to be excused, and tiptoe out of the room for a cigarette or a trip to the men's room. Franco himself never stirs.

He seldom even speaks. Seated in his high-backed chair at the head of the table, the Caudillo allows his ministers to do most of the talking, cuts in only to ask a question, change the subject—or announce his decision. There is no nonsense about majority rule in Franco's Cabinet. The only vote that counts is Franco's.

Nevertheless, he leans heavily on the advice of the 18 men at the table. Among the most influential:

» Captain General Agustin Muñoz Grandes, 69, Franco's oldest comrade in arms and the man who, as Vice President of the Spanish state, will take over interim power at Franco's death. Commander of Spain's Blue Division, which fought against the Russians on Hitler's eastern front, Armed Forces Chief Muñoz Grandes is now ailing, lives quietly with his wife in a small apartment in Madrid, avoids publicity.

» Lieut. General Camilo Alonso Vega, 76, Minister of the Interior and police boss. Known as "Don Ca-mulo" because of his mulish resistance to change, the white-haired former commander of the Guardia Civil is Franco's strong right arm. He can be counted on to put down trouble wherever it breaks out.

» José Solís Ruiz, 52, Minister of the Movimiento Nacional, Spain's bureaucracy-clogged official party, and boss of its labor syndicates. His jowls are heavy and blue, his head is bald, and his speech is thick with the accents of Andalusia, but Pepe Solís is probably the sharpest practicing politician in the land. The father of 13 children, he delights in kissing babies, is a stem-winding orator who always comes out strong on the side of social reform. — Fernando María Castiella, 58, Foreign Minister. Tall and scholarly, Castiella is a progressive Catholic and perhaps the Cabinet's most consistent defender of greater political freedom.

Onetime Ambassador to Peru and the Vatican, he has a burning desire to join Spain to the rest of Europe. He works closely with U.S. Ambassador Angier Biddle Duke, but his relations with the British are somewhat strained: he is determined to win back Gibraltar, once even wrote a violently anti-British book entitled Spain's Claim.

» Manuel Fraga Iribarne, 43, Minister of Information and Tourism. Ambitious, hard-driving Fraga lives in an apartment on the top floor of his ministry, puts in a 14-hour day six days a week.

Half his time is spent traveling around Spain, dedicating new hotels and other wise promoting new tourist lures; the other half is devoted to overseeing the Spanish press, which, until the long-discussed press law takes effect, still takes its orders from the government.

» Laureano López Rodó, 45, Planning Minister and development boss. So soft-spoken that he appears almost self-effacing, López Rodó is known as Franco's eminence grise — partly because everything about him, including his hair, suit, socks, tie and personality, seems grey. The

appearance is deceiving. Son of a Catalan industrialist, he spent much of the civil war as an under ground Nationalist agent (code number: 711) in Republican Barcelona, went on to become Spain's youngest law professor, at 25, and an international authority on public administration. He is an avid tennis player, is up at 6:45 each morning and in his office at 8. Brilliant and tireless, he has a corps of loyal followers who have come to occupy top positions throughout the Franco government, including the young Minister of Industry Gregorio López Bravo.

Opus Dei. López Rodó and López Bravo are two of the most prominent among the rising lights who share membership in a remarkable and growing religious organization known as Opus Dei.

Founded by a Spanish priest named Josemaría Escrivá in 1928, Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y del Opus Dei is an "association of Catholic faithful" that seeks to fill a vacuum that Spain's Catholic Church had long neglected: the lack of a means for developing an aggressive, dedicated, militant laity. Escrivá wanted to create, much as Ignatius Loyola had done with his Society of Jesus in the 16th century, spiritual shock troops to rekindle the true spirit of Christianity within the church. But instead of retiring into monasteries, he felt, men with a secular calling as well as a sacred one should be able to follow both at once. The solution: in addition to vows of poverty, chastity and obedience, a man would pledge to God all his professional talents.

It made a good mix. Tens of thousands of Spaniards from all walks of life have taken solace from Opus' sessions by reading more about God and the church, by simple communal association, and by studying the things that interest them—whether business administration, bullfighting, coal mining or early English literature. Opus Dei operates a sophisticated commerce school in Barcelona, an agricultural school in Gerona, a retreat for bullfighters in Asturias, a workers' training center in Madrid, and Spain's only "free" (i.e., nongovernment) university, in Pamplona. Last year 15,000 Spaniards attended its theology seminars, 12,000 spent their vacations in its centers of "spiritual retirement," and 20,000 children enrolled in its 143 summer camps. Driven to a fervor that is positively un-Spanish, Opus Dei members have risen to control of one of Spain's largest banks, many newspapers and magazines, a news agency, a jazz club—and to more than a dozen positions of real power within the Franco government.

Public Warning. Success has won Opus many enemies. It is attacked by old-guard Falangists as "liberal," by campus radicals as "reactionary," by labor leaders as an "economic elite." It is often accused of plotting to seize power after Franco dies, and Fray Justo Pérez de Urbel, abbot of the Benedictine monastery at Franco's Valley of the Fallen civil-war monument, recently warned it in a newspaper article to stop "playing politics."

There is no real evidence that Opus Dei has political aims. If some of its members hold top positions in the Franco government, others, such as Christian Democrat Florentine Pérez Embid and Liberal Monarchist Rafael Calvo Serer, are prominent opponents of the regime. Says Monsignor Escrivá: "Opus Dei will always include all tendencies that the Christian conscience will allow."

It is for precisely that reason that Opus Dei has become such an important factor in Spanish politics. Its members are climbing in every significant political movement except the extreme left. They can be expected to hold positions of authority in whatever government eventually succeeds Franco.

Confusing Answer. What will succeed Franco? Spaniards wish they knew. No one expects a return to civil war. "There are too many committed interests ready to stand in the way of radical upheaval," says a shrewd observer of the Spanish scene. But there is bound to be change; the mystery is, what kind. The official answer is that the machinery for the transition and continuity of the regime already exists, outlined in six "fundamental laws" that date back to 1947—the closest thing Spain has to a constitution. But the laws are confusing, vague, overlapping and even contradictory.

Since Spain is officially a "kingdom without a king," Franco's successor will presumably be a king

—who, according to the fundamental laws, must be an “acceptable” Catholic Spanish male who is of royal blood, is at least 30 years old and swears “loyalty to the principles” of the Franco regime. But how much power the king would have and what kind of government he would preside over are open questions. And if the Cabinet, together with the 13-man Council of the Realm, so decides, it can declare all the royal candidates unacceptable and name a regent instead.

To Spanish monarchists, Franco’s only legitimate successor would be Don Juan de Borbón y Battenberg, the strapping 52-year-old son of the late King Alfonso XIII. Don Juan’s official title is Count of Barcelona, but monarchists already call him King Juan III,* and in his sprawling white villa at the Portuguese resort town of Estoril, he actually presides over a miniature court. Fifteen Spanish grandees take turns coming over from Spain to act as his lords-in-waiting, two career diplomats serve as his ministers, and a 42-man Privy Council advises him on affairs of state.

He also receives a steady parade of his subjects, who are driven by the busload from Spain.

But there is no guarantee that Don Juan will ever get the call. A believer in representative government, he has never approved of Franco, and for good reason refuses to live in Spain: he does not want to be under the shadow of the Caudillo. As a result, he is cordially distrusted by many Franco stalwarts. Much more manageable, they feel, would be Don Juan’s handsome son, Prince Juan Carlos, 27; Franco sent him through Spain’s three military academies and gave him a Madrid palace after his wedding to Greek Princess Sophie. Trouble is, Juan Carlos will not cooperate. “I’ll never, never accept the crown as long as my father is alive,” he maintains, and there is every indication that he means it. In any case, he has proved unexciting in his few public appearances.

Warring Factions. Whoever, and whatever, comes after Franco will not have an easy time of it. Since the civil war, Franco has been the absolute authority in a land whose citizens are by nature anarchists. The keynote of his rule has been “paz social,” but even the wily Caudillo has been hard-pressed at times to keep peace amid the warring factions that have made up his regime.

As the civil war has faded, the factions and their causes have changed, but the battles go on. There are now three political power spheres that are almost bound to collide in their rush to try to fill the post-Franco vacuum. Strangely enough, the Movimiento Nacional is not one of them. It has been reduced by Franco to a powerless bureaucracy, without credo and virtually without following, deprived even of the fascist ideals on which it was founded.

The first sphere is labor, organized now into state-controlled syndicates but under the shadow of the great anarchist and socialist unions of the Republic—which still operate underground, still hold the sympathies of many workers. The second sphere is the Christian Democratic Movement, a loose coalition of Catholic groups ranging from the conservative Accion Catolica, which supports the regime, to the left-leaning Catholic labor movements, which oppose it. (Members of Opus Dei can be found in all groups.) The third is the Monarchists, well organized but without mass popular support. And above them all is the army, leaning at the moment toward the monarchists but capable of stepping in at any moment with a pronunciamiento on the pretext of forestalling violence.

Division of Powers. There is a growing possibility that Franco himself may step in to smooth the transition. He is aware of the problems that his death will create, and, painful though it may be, finally seems to be doing something to try to lessen them. Three times in the past 18 months, his speeches have referred to the need to “institutionalize” the regime. With his approval, the first tentative drafts of a new “institutional law” were debated behind the closed doors of last year’s final Cabinet meeting.

It is probably the most radical measure that the Cabinet has ever taken up, for it would hand over a good share of Franco’s powers to a premier. According to high government officials, there is unanimous agreement, at least within the Cabinet, that Franco’s powers should be divided so

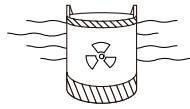
that his death will not paralyze the regime. But there is no agreement yet, nor any indication from Franco, on when or how the premier should be chosen. The liberals in Franco's Cabinet favor direct popular election, would like to see the premier removed entirely from Franco's control, empowered to choose his own Cabinet and held responsible only to an enlarged and more representative Cortes. The old guard, led by Alonso Vega and the military ministers, say Franco must appoint his own premier and control him.

Time is the most important factor. It is to the length of one man's life, and the rapidity of his action, that the continuity of Spain's economic, social and political advancement is tied. True democracy in the Western sense may not be on the horizon, for Franco believes — and many of his enemies agree — that Spaniards are so strong-willed that they need a firm hand to keep them in line. The fear is that if Franco disappears before he has put his house in order, the social fabric of Spain will be stretched to its limit — or beyond — by the struggle for power that might follow.

If, however, Franco lives long enough and acts fast enough, and if the economy keeps laying its golden eggs, Spain's future is bright, indeed. Which is why it is so important that Spain's present boom continue. A few more years of rising prosperity could easily instill the feeling of general well being on which, in anarchist Spain at least, real political maturity must be based.

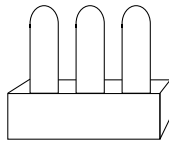
* Spain itself has never had a King Juan, but four Juans have ruled in the land, two each in the ancient kingdoms of Castile and Aragon. Most famous of them were Juan II of Aragon, father of King Ferdinand, and Juan II of Castile and Leon, father of Queen Isabella.

**PALOMARES.
20 ENERO. 1966.**



00:00 am - 24:00 pm

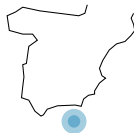
Prosigue la búsqueda terrestre de la cuarta bomba por medio de varios **centenares de personas sin protección**. La descontaminación de la ropa de faena contaminada de la tropa se realiza mediante baños en el mar.



19:00 pm

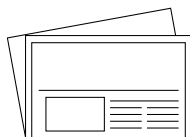
Comienza el traslado de las bombas recuperadas. Allí se almacenan en un inglés. Abandonan España el 30 de enero.

**PALOMARES.
21 ENERO. 1966.**



00:00 am - 24:00 pm

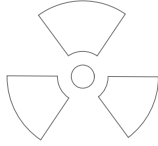
Primeros buques, como el USS Pinnacle, llegan a Palomares y **se inicia una búsqueda aleatoria en el mar**, mientras prosigue la búsqueda terrestre entre vientos del SO de hasta 50 km/h.



Hora desconocida

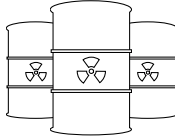
Franco, al leer una noticia de *The New York Times*, enfurece. Censura su publicación en España y ordena a las fuerzas del orden **retirar de los quioscos toda la prensa extranjera**.

**PALOMARES.
22 ENERO. 1966.**



00:00 am - 24:00 pm

Más de 400 personas buscan a pie la bomba sin protección por los alrededores, con vientos de hasta 94 km/h. Según médicos JEN, situación sanitaria puede considerarse satisfactoria por resultados poco alarmantes.

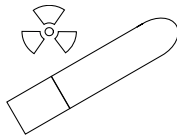


Hora desconocida

Ramos (JEN) se reúne con el coronel Rodhes.

Acuerdan la compra de cosechas y animales a los afectados, quitar varios centímetros de tierra y hacer un pozo de grandes dimensiones como **cementerio nuclear**.

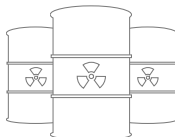
**PALOMARES.
23 ENERO. 1966.**



Hora desconocida

Se analiza la creación de un cementerio nuclear en Palomares. El diario Ya es el primer periódico que se atreve a salirse de la línea oficial y pública por primera vez en España que los militares norteamericanos buscan una bomba nuclear.

**PALOMARES.
25 ENERO. 1966.**



Hora desconocida

JEN aprecia una radiactividad 200 o 300 veces superiores a lo normal en algunos puntos y no está de acuerdo con el tratamiento de enterramiento superficial de las partículas de plutonio.